

## Capítulo CVI.

Un paso más en la carrera del crimen.

El capitán de bandidos á quien iba á ser presentado el pajecillo, era conocido en toda la comarca por Perico el portugués.

Habia nacido, en efecto, en un pueblo inmediato á Coimbra, y por un duelo que tuvo con un vecino suyo se vió obligado á emigrar.

Hijo de una familia opulenta, habia pasado su vida en la mayor ociosidad.

El día que se le acabaron las pocas monedas que pudo recoger al verificar su evasión, no sabiendo á qué dedicarse, organizó una banda que fué el terror de los pueblos circunvecinos á los montes.

La mayor parte de los pastores eran espías suyos. Se prestaban á desempeñar este papel, porque

habia logrado infundirles tal miedo, que no se atrevían á denunciar su guarida, porque si lograba sustraerse á las asechanzas de la justicia, sabian que les haria pagar cara su delacion.

Por otra parte, tenian la seguridad de que no les quitaria una sola res, y esta consideracion les hacia servirle fielmente.

En el momento de presentarse á él Ramiro, se hallaba en una majada con toda su gente saboreando una muy buena comida.

Se habia hecho una excursion á los pueblos inmediatos, y el resultado habia sido traer algunas doblas, con las que los pastores, siempre complacientes, habian ido á buscar viveres.

—¿Qué te trae por aquí, Comadreja?—dijo dirigiéndose á la gitana.

—Un asunto que nos interesa.

—Habla, y tomo un tasajo de carnero.

—Tomo el tasajo y hablo. Este jóven que me acompaña desea formar parte de la banda.

—Que me place. Hacia falta en la compañía una cara nueva que no pueda inspirar desconfianza cuando se vaya á explorar el terreno. Así como así, no muy lejos de aquí hay un viejo soltero con una sobrina como unas perlas. El abuelo tiene más dinero que el que puede mover un terremoto, y haciendo el amor á la chica seria muy fácil penetrar en la casa. Una vez dentro el que lograrse encender en su pecho la llama amorosa, acudiríamos los demás, y en dos minutos dejábamos la casa limpia de polvo y paja.



A Ramiro le repugnaban lo que no es decible los planes del portugués.

Si bien era cierto que habia cometido un asesinato, habia sido impulsado por los celos.

No podia acostumbrarse á la idea de recorrer á sangre fria la senda que le trazaba su destino, y sufría en silencio, meditando en las consecuencias á que le habia condenado un momento de obcecación.

Como nada dijo en apoyo de las palabras de la gitana, dirigiéndose á él el jefe de la banda, exclamó:

—Vamos, muchacho, ánimo. No creais que esta vida es tan mala. Sobre todo tiene algo de encanto esto de no saber ni lo que se come cada dia ni el paraje donde se duerme. No tengais miedo de que aquí os aburra la monotonía: aquí se pasan los dias en continua emocion.

Ramiro no desplegó los labios.

—No creais,—añadió la vieja,—que hablais con ningun chiquillo. Mi protegido es todo un hombre; ahí, aunque le veis tan jovenzuelo, ha dado muerte á la hija del duque de Béjar.

—¡Hola! Hola! Nadie lo diria al ver esa fisonomía tan angelical.

—Donde ménos se piensa salta la liebre.

—Qué bien dicen, que no hay que fiarse de las apariencias.

—Y tanto; del agua mansa me libre Dios...

—Muchachos, brindemos á la salud de nuestro nuevo compañero, que ha de ser una buena adquisicion para la banda.

Así lo hicieron, y Ramiro no tuvo más remedio que imitarles.

Desde aquel momento puede decirse que se apagaron en su alma los buenos instintos, que aún pugaban por rebelarse.

Bajo la presion siempre del temor que le dominaba añadió:

—Desearia cambiar este traje por otro.

—Naturalmente, el vuestro os denunciaria,—le contestó el portugués.

Y dirigiéndose á uno de los bandidos:

—Conejo, llégate á la cueva y tráete el traje que quitamos al escudero de aquel caballero que esta mañana...

No terminó la frase; pero Ramiro adivinó la suerte que habria sufrido el caballero á quien se aludia.

Un momento despues volvió el bandido con el colete y demás prendas que habia ido á buscar.

Los nuevos camaradas de Ramiro le acosaron á preguntas; él les contó su historia, y á su vez oyó las de aquellos hombres despreciables.

La Comadreja se habia quedado hablando con el portugués, y para realizar el plan que meditaban, consiguió de este que diese orden á los bandidos de que se retirasen.

Ramiro y la gitana quedaron solos.

Aun habia en la improvisada mesa restos del festín, y sentándose la Comadreja é invitando á hacer lo propio al ex-paje, le dijo:

—Restauremos nuestras fuerzas, que harto lo ne-



cesitamos. Desechad esos pensamientos que os ocupan. La nueva vida que adoptamos nos brinda con mil placeres, que no debemos despreciar. ¿No es verdad que no hay nada comparable á la felicidad que experimentan dos corazones consagrados exclusivamente el uno para el otro? Pues esa es nuestra situación. Yo te adoro, y tú me querrás con el tiempo.

La vieja habia vertido en el jarro de vino, sin que lo notase Ramiro, unas gotas de un pomito que ocultaba en el pecho.

Esta operacion la habia llevado á cabo despues de servirse ella una buena porcion del refrigerante líquido.

La Comadreja profesaba la falsa creencia de que por aquel medio despertaria el amor hácia ella en el pecho del mancebo.

Para mengua del siglo en que vivimos, todavía hay quien cree en la eficacia de ciertos brevajes para el objeto referido. ¡Como si las afecciones del alma pudieran obedecer á otros agentes que los naturales!

Lo que se produce con semejantes específicos, es cuanto más una excitacion nerviosa, que se traduce en deseos impuros, y esto siempre con menoscabo de la salud.

Esto es lo que experimentó Ramiro.

El líquido que habia vertido la gitana en el jarro, ne era ni más ni ménos que activo estimulante.

La dosis sin duda fué excesiva, porque en vez de producir el efecto que deseaba la Comadreja, sumió

á Ramiro en agitacion tal, que se asemejaba á la locura.

La gitana tuvo miedo, y dejó abandonado al paje.

Debilitadas las fuerzas de este por la violenta agitacion que sufría, no tardó en caer en un profundo sopor.

Cuando llegó la hora de acostarse, le recogieron sus camaradas creyéndole víctima de la embriaguez.

—El mocito que parecia un anacoreta, —decía uno,—por lo que se vé no escupe el mosto.

—Cuidado con la culebra que ha cogido.

—Me parece que si no se le despierta, él no dará cuenta de su persona hasta el dia del juicio por la tarde.

—Dejémosle que descanse.

Se le llevaron á la cueva que les servia de albergue, y encima de unas hojas secas le acostaron.

Trasladémonos al castillo del conde de Aguilar.



---

## Capítulo CVII.

---

En el que nuestro héroe se consuela de la pérdida de su esposa doña Blanca,

Hernán Cortés era objeto de los mayores cuidados, tanto por parte del conde como de su hija doña Juana.

A medida que se iba atenuando en él el dolor que le había producido la pérdida de su esposa doña Blanca, su ambición, su sed de nueva gloria se presentaba á su imaginación.

—¡Oh!—se decía algunas veces.—Blanca venía á ser la realización de todos mis ensueños. Ella me ofrecía su cariño esos supremos goces del hogar que mi vida aventurera no me ha dejado conocer, y con ellos por la influencia que goza su padre en palacio, el medio de vengarme de mis enemigos, de obligar-

les á humillarse ante mí. Será que habrá sonado para mí la hora de la expiación.

Permanecía algún tiempo reflexivo, y luego añadía:

—¿Pero de qué me acusa la conciencia? ¡No es disculpable que yo me separase de mi buena Catalina, cuando esta separación podía asegurar su porvenir, el de nuestro hijo? Respecto á Marina, yo no he podido hacer otra cosa que lo que he hecho. Mi protección la ha elevado á una altura que jamás había podido soñar. ¡Ah!... aquello fué un momento de debilidad. Pero la verdad es que yo he causado la desgracia de esas tres mujeres. Ahora que parecía comenzaba para mí una nueva vida, la pérdida de mi querida Blanca destruye todos mis planes.

Uno de los días que más triste se hallaba por el recuerdo de su pasado, le ocurrió una idea.

—Yo no debía renunciar todavía,—se dijo,—á un enlace ventajoso. Tal vez la ilusión me engañe, pero creo que doña Juana se complace en oírme contar los episodios de la conquista. Que su padre aprobaría nuestra unión, estoy seguro de ello; ánimo, pues y salgamos de dudas por otra parte, una negativa me hará abandonar esta vida inactiva, tan contraria á mi carácter, y emprender de nuevo el viaje á las Indias.

Hernán Cortés abordó la cuestión.

Pidió al de Aguilar la mano de su hija, y el conde se creyó muy honrado al concedérsela.

Doña Juana participaba del entusiasmo del autor



de sus días respecto al ilustre Cortés, pero tenía un carácter loco.

Al unirse á él se dejaba guiar por su impresión, pero no sentía un verdadero amor.

Obtenida la vènia del monarca para efectuar el enlace se hicieron los preparativos necesarios.

Cuando la noticia circuló en la córte, fué objeto de diferentes comentarios.

—¡Qué suerte tienen algunas tontuelas!—decía una camarista, mujer de cuarenta años, condenada por su conducta un tanto pecaminosa á vestir imágenes.

—No es suerte,—decía otra, solterona también,—sino que los hombres, cuanto más talento tienen, son más tontos. En hablándoles una jovencita cuatro palabras al alma, les devanan los sesos.

—Yo creo,—añadía otra,—que este enlace ha sido proyectado por el conde.

—Naturalmente.

—Así se explica el que haya sacado á Cortés de la casa del duque de Béjar.

—Pues lo que es yo,—decía una que hasta entonces no había tomado parte en la conversación,—á pesar de su aureola de gloria, no concedería mi mano al conquistador de Méjico.

—¿Por qué?

—Porque es muy viejo.

—No lo creais; además, el hombre debe tener más edad que la mujer.

—Esa es mi opinión,—decía otra irónicamente,—

pero que no haya tanta diferencia. ¡Podría ser su abuelo!

Una viudita, que á pesar de sus miradas insinuantes no había logrado hallar quien reemplazase al difunto, exclamó:

—No quisiera ofender á doña Juana; pero me parece que Hernan Cortés no ha de ser muy feliz con ella.

—¿En qué os fundais?

—En razones que yo me sé.

—Decídnoslas.

—No me gusta murmurar de nadie.

—Ya lo sabemos que sois incapaz. Pero ¿qué es ello?

—Que según dicen malas lenguas, ronda su casa un galán, por cierto de marcial apostura.

—¿Es soldado?

—Precisamente.

—¿Se llama tal vez Amérigo?

—Veo que estais bien informada.

—Pues hija, si no teneis otras razones para vuestros cálculos, puedo deciros que carecen completamente de fundamento.

—¿Por qué?

—Porque esas relaciones pasaron ya á la historia.

—Hará poco tiempo.

—No hace mucho en verdad. Cesaron días antes de ir doña Juana con su padre á la boda de su prima.



—Pues lo que es yo, apuesto cualquiera cosa á que si se han roto las relaciones, no habrá sido por voluntad de la niña.

—Precisamente es lo contrario.

—Me sorprende lo que decís; una doncella que estuvo en su casa, y que ahora tengo á mi servicio, me ha asegurado que estaba verdaderamente, apasionada del doncel.

—Así era en efecto; pero el diablo tiró de la manta...

—¿Qué pasó, qué pasó?—gritaron tres ó cuatro á un tiempo.

—Vais á saberlo.

Todas rodearon á la bachillera, y esta, gozándose en el efecto que producía, añadió:

—Dos meses haría que estaban en relaciones Amérigo y doña Juana, cuando una noche que platicaban sabrosamente, oyeron una voz femenil que demandaba auxilio.

»El mancebo, como buen hidalgo, corrió hácia el sitio de donde había partido la voz, y antes de que pudiera darse cuenta de ello recibió un bofeton, cuyas consecuencias le hicieron sospechar que no procedía de blanca mano.

»—¡Miserable!—exclamó con ronco acento un desconocido.

»—El miserable sereis vos,—dijo el que tan expresivamente le había saludado.—Tened entendido que con la hermana de don Felix Hompanera no se divierte ningun nécio. La habeis dado palabra de

casamiento, y ¡vive el cielo! que ó habeis de cumplirla, ó he de escupiros en el rostro.

»—¡En guardia!—exclamó fuera de sí Amérigo.

»Se cruzaron las espadas, y el fementido caballero cayó desmayado en tierra.

»Doña Juana cerró corriendo la ventana; pero á un rodrigon cuya fidelidad había comprado le encargó que bajase á prestar auxilios al herido y se informase de la causa que había motivado aquel duelo.

»Cuando pasados algunos dias se hubo restablecido el infiel amante, y vino á dar gracias á doña Juana por el interés que había demostrado durante los dias que había permanecido en el lecho:

»—Adios, amigo mio; celebro vuestro restablecimiento; pero no quiero deteneros. Id en casa de Hompanera, que allí os recibirán con los brazos abiertos.

»Y cerrando con violencia la ventana, dejó al mancebo corrido de vergüenza.

—La historia es peregrina.

—¿Y Amérigo se casó con la de Hompanera?

—No tal; avergonzado por el desenlace que había tenido aquella aventura, se incorporó á uno de los tercios que fueron á Alemania, y allí creo que siga.

—¡Pobre mozo!

—Ya veis como doña Juana, si no sostiene las relaciones con el doncel, no es por que le haya despreciado.

—De todos modos,—añadió la que, excitada por la envidia, se complacia en calumniar á doña Juana,



—su edad y la de su presunto marido no me parece que han de hermanarse muy bien.

La conversacion continuó sobre el mismo tema, y no hay para qué decir que la caridad no seria lo que más resplandeciese en el juicio que formaron de la hija del conde Aguilar.

Mientras tenia lugar la escena que acabamos de referir, doña Juana, acompañada de su padre, se dirigia á la córte para comprar las galas para la boda.

Hernan Cortés habia salido el dia anterior para arreglar los asuntos tambien concernientes á su enlace.

Al llegar á una de las calles que desembocaban en la plaza del pueblo, llamó su atencion la inmensa multitud que se apiñaba.

—Ya no debe de tardar,—decia.

—Lástima de mancebo,—decia una vieja.—¡Que siempre han de ser ellas la causa de la perdicion de los hombres! ¡Jesús Dios mio! Cada dia estoy más satisfecha de que el Señor no me haya concedido ningun hijo! Críelos usted para que una bribona los embauque, y concluyan su vida trágicamente.

El conde se acercó para preguntar lo que ocurría.

—¡Allí viene, allí viene!—decian varias voces.

Fijó su mirada, y no sin sorpresa descubrió perfectamente escoltado, al ex-paje Ramiro, á quien conducian á la plaza á la pena de horca.

Doña Juana le reconoció tambien, y no queriendo presenciar aquel horrible espectáculo, se alejaron padre é hija.

## Capitulo CVIII.

Cómo habia caído Ramiro en poder de la justicia

Perico el portugués, el capitan de bandidos á cuyas órdenes estaba Ramiro, le comisionó desde el primer dia para hacer salidas por los pueblos inmediatos con objeto de ver si podria darse algun golpe lucrativo.

Como en la carrera del crimen el primer paso es el difícil, el ex-paje, en el momento en que triunfó de su conciencia, fué progresando rápidamente.

Adoptando mil disfraces, presentándose unas veces vestido de soldado, otras de estudiante, algunas de sacerdote, lograba penetrar en todas las casas, obtenia posada y recogia limosnas.

Regresaba á su guarida en cuanto habia adquirido.



do los datos necesarios, y sus compañeros se encargaban al día siguiente de asaltar las casas en donde Ramiro les indicaba que podían hallarse dinero ó alhajas.

Los robos y los asesinatos se sucedían con lamentable frecuencia, y un hijo de una de las víctimas se propuso descubrir á los autores de aquellos horribles atentados.

Sospechando si los pastores serían cómplices de los malhechores, adoptó su traje, y convirtiendo una choza en observatorio, pasó días y días espiondo á los bandidos.

Poco tardó en convencerse del papel que desempeñaba Ramiro.

Los compañeros de este salían siempre al día siguiente de su regreso, lo que indicaba que el mancebo exploraba el terreno y avisaba cuando no había peligro para emprender la marcha.

Un día, para descubrir la guarida de los bandidos, y al mismo tiempo para saber con certeza cuántos eran estos, abandonó su choza, y llevando un carnero, siguió á Ramiro.

Con la mayor serenidad penetró en la cueva, exclamando:

—A la paz de Dios, caballeros; vengo á ofreceros esta res á cambio de algo con que refrescar la garganta.

Con el calor abrasador de estos días no se puede parar de sed; el agua cria ranas, y yo no estoy por eso.

En el mundo todos debemos servirnos: hoy por tí, mañana por mí.

No sospecharon de aquella estratagema, y el flamante pastor apenas salió de la cueva, fué á dar parte á la justicia del descubrimiento que acababa de hacer.

Inmediatamente vinieron veinte cuadrilleros perfectamente armados, y rodearon la guarida de los bandidos.

Pero era tarde.

Precisamente aquel día habían sabido por unos pastores de los que les servían de espías el peligro que les amenazaba, y sin decir una palabra á Ramiro, porque querían que él cayese en poder de la justicia, lo que les daría tiempo para su evasión, apenas salió este, abandonaron aquel antro.

Los cuadrilleros al notar la ausencia de los bandidos, aguardaron su regreso.

Como nuestros lectores pueden figurarse, el único que se presentó fué Ramiro.

—¡Dáte preso, infame!— exclamaron al mismo tiempo, tratando de apoderarse de él.

El ex-paje llevó instintivamente la mano á su daga.

Pero al mismo tiempo uno de los cuadrilleros que notó este movimiento, se precipitó sobre él y le arrojó en tierra.

Después de desarmarle le ataron, y continuaron aguardando.

Pasó la noche y el día siguiente, y empezando á



convencerse de que no debían perder tiempo, llevaron á la cárcel á Ramiro.

Se le tomaron declaraciones, y como la verdad era que él nada sabía, sus negativas se interpretaron como firmeza de carácter para no descubrir á sus cómplices.

Durante muchos días fué objeto de la conversacion general la captura de Ramiro.

Cuando llegó á oídos del duque de Béjar, tuvo el presentimiento de si aquel criminal sería su paje, el asesino de su querida hija.

Preguntó el nombre del delincuente, y le dijeron que en sus declaraciones habia jurado llamarse Luis Jaquete.

Quiso verle sin embargo, y le reconoció en seguida á pesar del cambio radical que habia operado en sus facciones la vida aventurera á que se habia entregado.

El duque de Béjar comunicó al tribunal que entendia en la causa de Ramiro que él era el autor de la muerte de su hija, y al día siguiente se sometió al ex-paje á un nuevo interrogatorio.

Apenas compareció:

—El ilustre duque de Béjar,—le dijo el presidente del tribunal,—asegura que vos sois el asesino de su hija, cuyo crimen llevásteis á cabo el día de sus bodas.

Ramiro nada contestó.

—Asegura tambien que las cerraduras de algunos muebles se hallaron violentadas, por más que con-

fuese que no le faltó dinero. ¿Qué teneis que contestar?

Con la mayor arrogancia se atrevió á decir el rec:

—Es falso cuanto expone el señor duque.

—¿Y cómo explicais vuestra ausencia de casa de vuestro amo?

—Porque idolatraba á su hija, y no queria asistir á la ceremonia de su boda con otro.

Asombraba al presidente la cínica serenidad que demostraba Ramiro en sus contestaciones.

Pero le sometió á una nueva prueba.

Presentándole el arma homicida que habia cosida á los autos:

—¿Reconoceis este puñal?—le preguntó.

El jóven palideció; pero procurando reponerse, les dijo:

—Es la primera vez que le veo.

—Miradle bien. Los testigos que han declado en esta causa aseguran que es el que llevábais siempre. Si decís la verdad, podreis esperar alguna clemencia; si os obstináis en negar y se os prueba vuestro delito, no podeis abrigar la menor esperanza de salvacion.

Despues de una breve pausa:

—Pues bien, sí; voy á revelar la verdad. Es cierto que yo he dado la muerte á Blanca, la hija del duque de Béjar.

—Y qué os proponiais al cometer ese atentado.

—Ser feliz con ella en la otra vida.

—¿Os chanceais?

—De ningun modo; una gitana, conocida con el



nombre de la Comadreja, fué la que me aconsejó que tomase esa resolución.

—¿Y cómo explicais vuestra permanencia en compañía de los bandidos?

—La gitana me presentó también á ellos. Yo no me atreví á sustraer dinero alguno de casa de mi amo, y al lamentarme de mi carencia de recursos, se brindó la gitana á presentarme al jefe de esa banda.

—¿Y adónde ha ido dicho jefe y los demás bandidos?

—Lo ignoro; cuando yo me separé de ellos quedaron en aguardarme á mi regreso. Ya sabéis lo que ha sucedido.

—Bien está.

Y dirigiéndose el presidente á uno de los que habían conducido al reo ante el tribunal:

—Llévadle de nuevo á su calabozo.

Dos días después se le notificaba á Ramiro la fatal sentencia.

Un fraile franciscano le prestó los consuelos de la religión en sus últimos momentos.

Minutos antes de salir para el patíbulo, le reveló el misterio de su vida.

—Decid al señor de Chievres,—añadió con amargura,—que él es la causa del duro trance en que me veo. Si en su corazón hubiera dado cabida al sentimiento paternal, no hubiera tenido yo necesidad de entrar en calidad de paje en casa del duque de Béjar, y por lo tanto no hubiera concebido por su hija la fatal pasión que me ha perdido. Ahora, reverendo pa-

dre, perdonadme mis culpas, y pedid en mi nombre al duque que me otorgue su perdón para que yo pueda morir tranquilo.

Momentos después salía para el cadalso, y exhalaba el último aliento en brazos del ejecutor de la justicia.